

EL SEXENIO LIBERAL GALDÓS: UN TESTIGO POCO COMÚN

LIBERAL SEXENNIUM. GALDÓS AN UNUSUAL WHITNESS

Yolanda Arencibia Santana*

Cómo citar este artículo/Citation: Arencibia Santana Y. (2020). El Sexenio Liberal Galdós: un testigo poco común. *XXIII Coloquio de Historia Canario-Americana* (2018), XXIII-081. <http://coloquioscanariasamerica.casadecolon.com/index.php/CHCA/article/view/10477>

Resumen: Pérez Galdós se había incorporado a la vida de la Corte pocos años del estallido de *La Gloriosa*. De distintos modos expresó sus ideas y opiniones. En la etapa que va de 1865 a 1872, dispuso de la prensa del momento como altavoz. Años adelante, expresará sus opiniones mediante la literatura.

Nos proponemos añadir la voz testimonial de Pérez Galdós a las reflexiones varias sobre el Sexenio Liberal que este Seminario promueve.

Palabras clave: Sexenio Liberal, Historia, Literatura, Testimonio.

Abstract: Pérez Galdós had joined the life of the Court a few years before the outbreak of *La Gloriosa*. He expressed his ideas and opinions in different ways. In the period from 1865 to 1872, he was able to use the press of the moment as his loudspeaker. Years later he will manifest himself through literature.

We propose to add the testimonial voice of Pérez Galdós to the various reflections on the Liberal Sexennium that this Seminar promotes.

Keywords: Liberal Sexennium, History Literature, Testimony.

Pérez Galdós se había incorporado a la vida de la Corte pocos años del estallido de *La Gloriosa*. Se encontró pues en el centro de la convulsión de esas vísperas, y presencié los fastos de aquel 1868 que permitieron la entrada del general Prim en Madrid. Muchos confiaban en que aquella Revolución significaría un cambio de rumbo definitivo para la política española. Entre ellos estaba el canario joven e ilusionado, que no desaprovechará la posibilidad de expresar su opinión públicamente. Entre 1865 y 1872 dispondrá de la prensa como altavoz de sus ideas y opiniones. Años adelante, sedimentados y acrisolados los sentimientos y los fundamentos, dejará sus opiniones sobre aquellos tiempos mediante la literatura. Mucho habrá cambiado el paisaje externo; casi nada el interno de aquel periodista veinteañero y el creador que vive los sesenta de su edad.

«El Ateneo viejo, que es mi Ateneo, mi cuna literaria»

“Guía espiritual de España. Madrid” 1915

Aquel muchacho era sumamente impresionable, nervioso, de temperamento ideal, dispuesto a vivir siempre de lo imaginario. (...) aspiraba a la gloria; quería satisfacer una vanidad: cada hombre tiene su vanidad. (...) Cuál era esta misión, es cosa que no sabía a punto fijo. Los jóvenes como aquel no gustan de concretar las cosas porque temen la realidad (...)

La Fontana de Oro, 1, pp. 152-53

* Cátedra Pérez Galdós. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Primero de Mayo, 20. 35002. Las Palmas de Gran Canaria. España. Teléfono: +34 696437985; correo electrónico: Cyolanda.arencibia@ulpgc.es



Benito Pérez Galdós (1843-1920) se había incorporado a la vida de la Corte desde 1862. Era entonces un joven que accedía a la Universidad Central con la intención de estudiar Leyes. Y muy pronto, el bagaje personal nada común que traía consigo, le permitió verse ocupando la situación privilegiada de cronista de la prensa semanal, es decir, disponiendo de un altavoz público, válido pese a las restricciones de la censura. Necesitaba usarlo con rigor y con eficacia. Necesitará pues, conocer Madrid en profundidad, y a ello se aplicará desde entonces para hacer de ese conocimiento atalaya personal sólida.

Vivirá Galdós una etapa primera de tanteos, la que va de 1862 a 1872. Durante esos años, el joven Benito va a afianzar sus ideas en lo social y lo político —corrigiendo, a veces— y va a consolidar su formación canaria, la académica y la personal, ensanchándola. La Universidad y el Ateneo le descubren el mundo amplio de los grandes pensadores, de las nuevas ideas, de los dilemas sociales, políticos y culturales últimos. Las redacciones de los periódicos abrirán espitas en su mente inquieta y lo familiarizarán con estrategias de comunicación y de entendimiento social. Los cafés y las tertulias ciudadanas le pondrán en condición de entender la intercomunicación de los estratos sociales. La calle y el ambiente le enseñaran a adaptar la aguja de marear de su vida.

En política, los años que van del 62 al 68 no pueden ser más convulsos: verán caer el poder la Unión Liberal de O'Donnell, dispararse la inestabilidad revolucionaria y el boicot político de los progresistas contra los sucesivos gobiernos conservadores. Desde 1864 Prim comenzará con las sublevaciones militares. 1865 conocerá la algarada estudiantil de la noche de San Daniel y la caída de Narváez; y junio de 1866 la sublevación de los Sargentos de San Gil, la caída de O'Donnell, y a Narváez de nuevo en el poder. 1868 verá a los unionistas convertidos en revolucionarios y en abril conocerá la muerte del “espadón de Loja”. La Revolución de septiembre esta lista. Estallará en septiembre. Por allí andará Benito con los ojos bien abiertos; en el centro de esa convulsión, contemplando desde la primera fila, los hechos que muchos consideraron supondría un cambio de rumbo definitivo para la política española.

Desde ese 1865 Pérez Galdós colaboraba semanalmente en *La Nación* con una “revista” de actualidad, que no le demandaba más que distraer a los lectores con la actualidad musical, artística, literaria... Formalmente, adoptó para sus textos la modalidad de “crónica”, que le permitía combinar temas y tonos diferentes en un mismo espacio. Muy pronto aprovechará esa ductilidad para escribir de todo un poco, para salir al paso de temas o de hechos para él graves expresando su opinión mediante pullas anecdóticas en el cuerpo del texto, o dedicando al asunto comentarios amplios envueltos en ironía o sarcasmo. Con cautela, porque estaban a la orden del día las suspensiones para las cabeceras que sobrepasaban cierta raya. Con tal herramienta literaria, el joven escritor mantuvo su firma en *La Nación* desde el 3 de febrero de 1865 hasta el 13 de octubre de 1868, sin otros silencios que los del cierre del periódico (tres semanas en enero del 66 y 18 meses desde junio 1866 hasta enero 1868), y el de su estancia en Francia, entre el artículo de 7 de junio y el 13 de julio de 1868¹.

En el mes de marzo de 1895, cuando solo lleva un mes en el periódico, el revistero de *La Nación* (veintidós años sin cumplir) se atreve con una efemérides positiva a la que dedica el total de la revista de esa semana. La forma es bastante retórica. Y no disimula la carga crítica rematada con unos versos de Espronceda, el romántico liberal y hasta revolucionario de memoria cercana (había muerto en 1842).

¹ Además de en *La Nación*, en estos años Galdós colaboró en la *Revista Internacional del Movimiento de Europa*. Publicó allí cuarenta artículos entre 1865 y 1867, en dos etapas claramente distinguibles: veintisiete entre el 26 de noviembre de 1865 y el 28 de mayo de 1866 (fecha muy cercana a la del cierre forzado del periódico), y trece entre el 4 de noviembre de 1867 y el 23 de diciembre del mismo año. En la *Revista...*, de contexto más europeo, serán menos las alusiones de Galdós a la situación española del momento.

TEXTO 1— “El 19 de marzo de 1812”. *La Nación*, 19-3-65².

Hay hace 53 años (...) ¡Día grande! ¡Día de eterna e inmarcesible memoria! El más puro regocijo, el más santo y patriótico entusiasmo enardecía en él los corazones de todos los habitantes de la gran población, que albergaba entonces en su recinto cuánto existía en España de noble, de ilustre, de altamente generoso y preclaro. (...) Era todo un pueblo que se sentía grande, que acabada de dar la más levantada prueba de su esfuerzo, recabando el patrio hogar de entre las garras de legiones numerosas e invencibles hasta entonces, constituyéndose al mismo tiempo bajo una legislación política tan sabia y recta que dejó asombrados a los pueblos más inteligentes de Europa, y mereció ser adoptada para sí por naciones extranjeras. (...) Apenas ha transcurrido medio siglo; todavía no se han extinguido las palabras de aquellos elocuentísimos varones en los oídos de la generación que las recogió; (...) y sin embargo, ¡qué situación tan diferente verían en su patria, en esta querida patria donde creyeron ver consolidada la libertad a coste de su existencia! (...) La libertad (...) vilipendiada, el sistema constitucional (...) manchado de impureza; la administración (...) devorada por el desconcierto y la anarquía; la prensa en ignominioso calvario; (...) y hasta la misma dignidad del Parlamento (...) separado del sentir de la Nación, maltratado por los ministerios, y sirviendo de campo a escandalosas escenas... (...) Triste, muy triste. (...) Vale más que no puedan verlo; su rubor sería nuestra mancha (...) no podríamos hacer otra cosa que abatir la enrojecida frente, cuando nos conminasen con los terribles versos del gran poeta (...) “Verted, juntando las dolientes manos/ Lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla; ¡Mares de eterno llanto, castellanos, / No bastan a borrar nuestra mancha”. (Espronceda, “Himno al dos de mayo”).

La llamada “noche de San Daniel” (abril 1865) sorprendió a Galdós siendo un universitario abierto a aprender de todo (aunque sin respetar los programas estrictos) y un aprendiz de revistero de prensa que le demandaba la actividad que más le gustaba: actuar de *voyeur*, de espía, que escudriña morosamente los rincones de la gran ciudad, la vida de la calle, el movimiento humano, los rincones madrileños, las tertulias y sus sugerencias.

Todo había comenzado en febrero —recordemos— cuando arrancó de la contestación pública de Emilio Castelar a la consideración oficial de “rasgo sublime” el de Isabel II de vender una parte del patrimonio real al nacional. ¿*De quién es el patrimonio real?*, planteaba el entonces catedrático de Historia en el primero de dos artículos publicados en *La Democracia* de 21 y 22 de febrero. En el segundo explicaba su parecer sobre la avaricia que ocultaba el tal *rasgo*. La reacción de los altos niveles políticos... La renuncia del rector Juan Manuel Montalbán a incoar el expediente académico a Castelar... su destitución... la reacción del claustro y los estudiantes: primero, en marzo, aprovechando un banquete de afirmación liberal que conmemoraba la “cincomarzada” (el ataque carlista a Zaragoza ese día de 1838); y ya en abril, organizando una serenata al rector destituido... Pedido el permiso correspondiente (aquí intervine el marqués de la Florida, en nombre de los estudiantes)... su aceptación... su cancelación el mismo día con los problemas subsiguientes... la pitada preparada para el día 10, (lunes santo) nombramiento del nuevo rector... la dispersión de los estudiantes hacia la Puerta del Sol... cada vez más tumulto... gentes de toda procedencia la guardia civil y unidades del ejército, a pie y a caballo... Al final, doce paisanos muertos, casi doscientos heridos y un estudiante enloquecido por el terror.

² SHOEMAKER (1972).

Por allí andaba Galdós esos días «confundido entre la turba estudiantil», observando y analizando mentalmente. También otros canarios amigos, como Sansón y Grandy y Fernández Ferraz; igualmente León y Castillo y el marqués de la Florida, con más relevante papel. Comentarían todos en el Café Universal las incidencias del asunto y, sin duda, la mala suerte del tinerfeño Alonso de Nava y del Hoyo, víctima inocente (y luego manipulada por los dos bandos) al ser alcanzado por una bala mortal cuando salía del teatro. Calientes aún los hechos, en la “revista” del 23 de abril, el joven periodista se atreve con el tema. No callará, aunque intentará amainar el ruido pasando de la crítica política a la social y, por fin, refiriéndose a novedades de teatro. Con leves cambios, remitirá el texto a *El País*, de Las Palmas, que lo publicará el mismo día.

TEXTO 2— “El 10 de marzo y el Jueves Santo”. *La Nación*, 23- IV -65

La semana que acaba de pasar ha sido una de las más fecundas en acontecimientos que nos ha presentado el turbulento año 65. Una alteración de la tranquilidad pública, una descomunal batalla, que convirtió en campo de Agramante la Puerta del Sol, liza desigual entre el inofensivo pito y la bayoneta, sangrienta broma, o simulacro serio que ha levantado densa polvareda en las regiones oficiales, inauguró la semana que el mundo cristiano ha bautizado con el nombre de *Santa*./ La religión alza anualmente un teatro o cadalso donde con más o menos verdad, con mayor o menor fe y entusiasmo, se representa el terrible drama de la redención del mundo. En el pórtico de este teatro ha tenido lugar una desastrosa riña, motivada por una travesura estudiantil; es decir, el Gobierno, convertido en dómine, e infringiendo no sé qué ley de instrucción pública que prohíbe vapulear a los chicos, ha adoptado para poner a raya su desenvoltura, el suave correctivo de las balas. Y esto en Semana Santa, es decir, en las barbas de Jesucristo; en la época que el mundo oficial debería arrodillarse ante el confesonario, y recibir de Claret la absolución espiritual, así como en días normales recibe la absolución política y los sanos consejos gubernativos del autor de *La llave de Oro*./ Por un anacronismo lamentable, por una inoportuna dislocación de las columnas del calendario, la degollación de los inocentes se ha celebrado en el vestíbulo del templo de Cristo. Y es en vano que los periódicos noticieros pretendan disculpar este hecho, y arrancar al pueblo la caña que el Gobierno le ha puesto después de escupirle y coronarle de espinas. Este delito, de lesa humanidad, no puedes ser disculpado ni aun por el agua bendita de los hisopos neo-católicos./ Por lo demás, el pueblo de Madrid, a pesar de la sangre derramada, se entregó como de costumbre a sus anuales distracciones, porque no otro nombre merece la convencional devoción que el Jueves Santo convierte las calles de Madrid en exposición ambulante de rostros, sedas, gasas, afeites y sonrisas (...) / Lluvia el Jueves Santo... Señoras sin poder lucir las colas de sus vestidos negros de los más *fashionable* en la procesión.... Viernes Santo igualmente frustrado para la procesión de Santo Entierro). Siempre me ha parecido escandalosa la tal procesión (...) un conjunto híbrido de fanatismo y descaró; tiene algo del drama terrorífico y del sainetón abigarrado; (...) imágenes lívidas (...) El sábado hemos tenido también entierro, pero el cadáver no tiene nada de divino y mucho de ministerial (...) Alcalá Galiano, orador elocuente, patricio ilustre hace cuarenta años, ha muerto. (...) No conviene turbar el reposo de los que fueron. Hasta la apostasía es respetable en la tumba (...) En el Real se presenta la Patti en *Lucía*, rayando a tal altura que...

Además de en la prensa, la opinión del joven comprometido se materializa mediante la oblicuidad socarrona y evasiva del dibujo: con menos contundencia, más gracia e idéntica intención crítica, referida ahora a los canarios implicados. Constan esos dibujos en las láminas

del llamado por su dibujante *Atlas zoológico de las islas Canarias*, que dedica en parte a asuntos políticos de estos años. En relación con “la noche de San Daniel” destacan en el álbum las alusiones al marqués de la Florida y a León y Castillo. El protagonismo del primero merece varias láminas, cuatro destacadas: en una de ellas, el personaje, melena al viento y sosteniendo la bandera del “Muera Narváez”, arenga con marcial gesto a un grupo de personas: “Todo el que sea estudiante, que me siga”, se lee. En el segundo,

DIBUJOS



1— ¡Todo el que sea estudiante, que me siga! Archivo de la Casa Museo Pérez Galdós.



2— Aleluyas al Marqués de la Florida. Archivo de la Casa Museo Pérez Galdós.



3— “Dónde estará esta alma de...”. Archivo de la Casa Museo Pérez Galdós.

En relación con “la noche de San Daniel” destacan en el álbum las alusiones al marqués de la Florida. El protagonismo del primero merece varias láminas, de las que se reproducen tres de ellas. En la 1— marqués de la Florida, melena al viento y sosteniendo la bandera del “Muera Narváez”, arenga con marcial gesto a un grupo de personas: “Todo el que sea estudiante, que me siga”, se lee. La 2— es una atractiva aleluya de doce viñetas que condensa con ironía la peripecia del cabecilla del bando estudiantil. “Bella y gloriosa es la vida/ del marqués de la Florida”, resume el pareado de la primera bajo la caricatura del busto del protagonista. El resto de la composición prosigue con los datos más relevantes del marqués: su procedencia orotavense, su llegada a Madrid “en pos de gloria y de lid”, su iniciación como abogado y como político (que “platica con rin tin tín/ frente a Olózaga y Juan Prim”, y por fin, tras una viñeta-inciso sobre el gusto del personaje por las modistillas, se alude al papel jugado en la serenata a Montalbán y su escondite final (“escondido noche y día”) bajo un enorme cesto, para huir de la policía. En la 3— el Marqués de la Florida, escondido entre las valvas de una gran almeja que ocupa la mesa de una cocina con escudo, alardea de su arte para desafiar al “ejército de espías” exponiéndose “a ser mechado y trufado en esta aristocrática caldera”.

Como vemos, la respuesta gráfica de Galdós a los hechos fue aguda, intencionada e irónica, pero moderada.

Volverá Pérez Galdós al tema cuando en a partir de 1902 redacte la cuarta serie de *Episodios Nacionales*, la que noveliza los tiempos políticos de Isabel II.

TEXTO 3— *Prim*, t. 22, pp. 640-44.

En los primeros días de abril de aquel año (andábamos en el 65) creció la animación en las tertulias y mentideros de la ilustre casa. Las chácharas rumorosas casi llegaron a invadir el primer espacio del sosegado salón de lectura, y aun llegó algún eco de ellos al de las sesiones o cátedras, donde unas noches explicaba *paleontología* el sabio geólogo señor Vilanova, y otras hacía Gabriel Rodríguez la crítica acerba del *sistema protector*. El *Senado* dio por agotado el tema de la Encíclica *Quanta cura*, en que Pío IX condenaba el liberalismo y lo hacía responsable de todos los males que afligían a la humanidad. ¿Cómo habrían de gobernar a España los liberales, si su doctrina era pecado? Declarándolo así, el Santo Padre nos exhortaba paternalmente a dejarnos gobernar por él. / Sucedió en aquellos días que la Reina doña Isabel cedió al

Estado el 75 por 100 de algunos bienes del Patrimonio que debían venderse para socorro de la Hacienda pública. En esto iba comprendida una parte del bajo Retiro, entre la Puerta de Alcalá y el Prado. Vieron algunos en esto una martingala en que salía beneficiada la Casa Real; los ministeriales dieron en sus periódicos un descomunal bombo al proceder de la Reina, y Castelar soltó en *La Discusión* un artículo titulado *El Rasgo*, que puso de uñas a toda la caterva moderada y palatina. ¡Vaya un escándalo! Ciego y disparado de coraje, el Gobierno privó a Castelar de su cátedra de Historia en la Universidad, ganada por oposición. Rezongó el Claustro, chillaron con furiosa algarabía los estudiantes. ¿Cómo no había de repercutir este nervioso estremecimiento escolar en las circunvoluciones del Ateneo, la bóveda pensante? / Aquella noche (primera semana de abril) restallaban en el *Senado* diálogos vibrantes. Salió al pasillo Moreno Nieto, y rodeado al punto de muchachos, les dijo que la cátedra ganada por oposición es propiedad más sagrada que la camisa que llevamos puesta. En su opinión, las demasías de los Gobiernos autocráticos proceden siempre de una levadura demagógica. González Bravo fue siempre un demagogo, y ni él ni Narváez tenían idea de las funciones augustas del profesorado. Los jóvenes no se recataban para soltar ante don José las opiniones más radicales: la bondad del maestro les daba confianza para todo. En esto llegó el Padre Sánchez, que venía del salón de lectura, y antes que le preguntaran su opinión, dijo a los muchachos, a don José y a Ramos Calderón, que en aquel momento se incorporó al grupo: / —Soy enemigo de Castelar, y de su democracia y de su lirismo histórico y político. Pero reconozco que es un atropello quitarle su cátedra por un artículo de periódico... Y esto traerá cola. Acabo de hablar con Montalbán. Dice que será firme defensor de la dignidad universitaria, y que no dará curso a la destitución de Castelar. / Apenas dicho esto, vieron salir del salón de lectura, pasito a paso, a un anciano de afeitado rostro, dejando en su maxilar la menor cantidad de patillas blancas. Usaba gafas de présbita, muy fuertes; andaba con precaución, y sus plegados ojos no respondían de reconocer lo que miraban. Era el rector de la Universidad... Saludáronle; contestó él con ligera inclinación, y ninguno se atrevió a interrogarle, porque pudo más el respeto que la curiosidad. Al día siguiente apareció en la *Gaceta* la destitución de Montalbán y el nombramiento del Marqués de Zafra, que fue como prender fuego a la hoguera del enojo estudiantil y desatar sobre ella un huracán. Se necesitaba poco en aquellos días para que una pavesa se trocara en incendio, un juego de chicos en motín pavoroso. (*Continúa el relato. Los personajes de la ficción se expresan*). «Beramendi, que con su amigo Guillermo de Aransis asomó las narices por las inmediaciones del teatro de Oriente, sin otro móvil que curiosear, dijo así: “Cuando un pueblo tiene metido el motín en el alma, basta que se reúnan dieciséis personas para que salgan dieciséis mil a ver qué pasa”». (...) / ¿Serenata dijiste? No fue mala la que dieron los silbidos de la muchedumbre, el maldecir a la política, y el prorrumpir hombres y mujeres en soeces injurias contra el Gobierno. Resguardáronse Beramendi y Aransis del empuje de la turba enojada, que retrocedía enroscándose como culebra, y arrimados estaban a la pared, no lejos de la calle de la Escalinata, cuando se les plantaron delante dos mujeres desfachatadas y garbosas, que venían gritando y manoteando. Eran las *Hermosillas*, dos hermanas de vida airosa o aireada, guapas: la mayor, Rafaela, ya marchita; Generosa, todavía bien redondeada. En su vivir azaroso, vestían a la moda señorial o a la de pueblo, según el estado de su voluble hacienda. Aquella noche iban en la forma más achulapada; habían salido de sus madrigueras con la idea de que era noche de libertad y palos. En los barrios del Sur eran conocidas con el apodo de *las Zorreras*, por ser hijas de un fabricante y vendedor de zorros que figuró en la revolución del 54. A Guillermo de Aransis

conocía la mayor, por pasajeros tratos, y con Beramendi había tenido Generosa algún encuentro no casual, grato sí, pero pronto olvidado. / Abordaron a los dos caballeros sin miramiento alguno, saltando de golpe enorme distancia social, y Rafaela interpeló a Guillermo en los términos de la mayor confianza... En tanto, Beramendi les decía: / —¿Qué hacéis aquí, oh mujeres del bronce? ¿No teméis que os estrujen? / —Ya estamos bastante estrujadas. (...) / —El Gobierno hace bien en no permitir escándalos. Con pretexto de una serenata, salen a rebuznar los revoltosos de oficio. / —¡Pues, hijo! ¿También tú, Guillermito, sales a la defensa de ese perro de González Bravo? / —¿Pero qué os ha hecho a vosotras el bueno de don Luis, que os permite corretear a todas horas? / —¡Así le den morcilla... así reviente! ¡Vaya con el tío! / —Que lo arrastre el pueblo. ¡Que lo pinchen y lo mechen, hasta que veamos correr por el arroyo la última gota de su sangre! (...) Apenas los dos caballeros se agregaron al grupo, Gregorio Fajardo soltó esta grave opinión: / —De todo esto tiene la culpa ese loquinario de Prim, que ha soliviantado a los progresistas, los progresistas a los demócratas, y estos al populacho y a los estudiantes. También digo una cosa: yo González Bravo, no habría consentido que el Gobernador diera permiso para esa cencerrada o serenata... Ha sido una pitada horrible dar el permiso y luego prohibir la música... Y digo más, señores: yo Narváez, no hubiera destituido al Rector, que es un anciano; a Castelar sí... porque la democracia es una perturbación, y no está preparado el país para esas novedades... Yo doña Isabel, daría el poder a los progresistas, para que se desacreditaran de una vez... Tres o cuatro meses de gobierno nos librarían de ese fantasma... / (...) / —Son tan torpes estos moderados, que ni saben ser déspotas. Narváez ha perdido los papeles. Ustedes dicen: ya no hay liberales. Yo digo: ya no hay tiranos. Exponerse a un conflicto grave, a una crisis, a un trastorno político, porque toquen o dejen de tocar cuatro músicos sus trombones y clarinetes delante de un rector, es lo último que me quedaba que ver para comprobar nuestra decadencia. Yo les diría a los estudiantes: «Señores estudiantes, ahí tienen ustedes todas las bandas de la guarnición de Madrid. Llévenlas a la calle de Santa Clara, y que estén tocando siete días con sus noches»... Y dicen ustedes: «¡Inicua represión!». Ya sabemos todos que aquí conspira todo el mundo, paisanos y militares, de la manera más descarada. Hasta los chiquillos le dicen a usted: «*Constitución* está comprometido... *Arapiles* está al caer... Se cuenta con el *Inmemorial del Rey*». ¿Saben ustedes de muchos coroneles y tenientes coroneles, de muchos progresistas y demócratas, que hayan ido a aprender el camino de Fernando Poo?

Por fin, en 1915, el Galdós anciano rememoraré los hechos para el periódico *La Esfera*, entreverados con los siguientes del final desafortunado de la rebelión de los sargentos de San Gil. Veremos el texto es ese momento.

Los tiempos políticos avanzan hacia la revolución. A principios de 1866 estalló la primera crisis del incipiente capitalismo español; mientras el moderantismo de O'Donnell no había logrado abrir puerta parlamentaria a los progresistas de Prim, cuya mayoría propugnaba la ruptura con las instituciones. El general optó entonces por la vía de los pronunciamientos para llegar a hacerse con el gobierno; pero fracasó el de enero en Villarejo, lo que le supuso la condena a muerte y el exilio. Así las cosas, en el ambiente de las insurrecciones militares tan temidas por la cámara, se produjo el hecho de la sublevación de los sargentos del Cuartel de artillería de San Gil.

Sucedió el motín en la madrugada del 22 de julio cuando un grupo de sargentos afines a Prim intentó hacerse con ese cuartel... sorprendiendo y encerrando a los militares de guardia... todo se complicó... Los sargentos, provistos de piezas de artillería hubieron de escapar en desorden,

uniéndoseles en la algarada grupos numerosos de paisanos. Entre unos y otros formaron auténticas barricadas en las calles de Madrid, y hubo intentos frustrados de entrar en Palacio.

No era ese ataque una insurrección más, sino un ataque directo contra la monarquía, el principio de una revolución social que había de ser atajada con contundencia. Así lo vieron la reina y el gobierno. Las tropas de O'Donnell y Serrano acabaron con la sublevación el día 23²¹. Pero la sublevación del Cuartel de San Gil fracasó como tal; pero demostraba que los progresistas se habían puesto fuera del sistema y habían optado por la "vía revolucionaria"; la estrategia de integración que la Unión Liberal y el propio O'Donnell pretendían, había fallado. La reina propuso el fusilamiento de unas mil personas, y O'Donnell se opuso a ello. A la postre, hubo 66 fusilamientos públicos, en los muros de la plaza de toros. Eran en su inmensa mayoría sargentos de artillería; también algunos soldados y un civil. La Reina llamaría de nuevo a Narváez para formar Gobierno, que fue, como era de esperar, especialmente represivo y autoritario; se suspendieron las garantías constitucionales, se cerró la universidad y la prensa estaba amenazada. Benito ha de estar desolado.

Nada puede decir a través de la prensa porque estaba en suspenso. La última revista de *La Nación* se había publicado el 10 de julio. Durante las anteriores evitaba los temas políticos. Hablaba de música, de teatro, de funciones de circo... En una revista de abril había rozado el asunto de la crisis económica con el título "dinero, dinero, dinero" medio bromeando sobre lo importancia de "vil metal". Como nada sucedió, insistió sobre el tema en la revista del 20 de mayo con un artículo humorístico-fantástico sobre el tesoro nacional:

TEXTO 4— *La Nación*, 13-5-66

«Los pesimistas aseguran que el español que a la vuelta de diez años tenga 500 reales será considerado como un millonario./ Esta profecía, que encierra una verdad aterradora, indica que el dinero en este país parece haber obedecido a la ley de la evaporación espontánea, subiéndose a las nubes, sin intenciones de volver a caer convertido en abundante lluvia. En los bolsillos se ha realizado un fenómeno neumático: un invisible pistón ha producido en ellos espantoso vacío: a los fondos públicos no se les ve el fondo: la Hacienda es un pantano cenagoso donde el de Burgos [*Manuel Alonso Martínez*] se encuentra embarrancado y sumergido, sin esperanzas de llegar al fondo, ni de tocar la orilla. En vano el buscador de la piedra filosofal llama en su ayuda a cuantos ingleses ve pasar; en vano tiende la mirada angustiada a la frío Albión, esquiva a los encantos del burgalés; en vano grita y se desespera pidiendo auxilio a los que a los que tienen todavía una peseta. No le queda otro recurso que echarse a alquimista, y armado de fuelle o soplete, fundir, precipitar, diluir, amalgamar, descomponer, combinar metales y metaloides hasta ver si da con la piedra filosofal imán de sus deseos./ Y lo hará de fijo. Pero ¿cuáles son los cuerpos simples que este químico va a sujetar al soplo de su fuelle, a la acción de su braserillo, a la desorganización y organización de sus tibos y retortas? Son los pobres empleados. Su suerte está decidida. ¡Pobres empleados! Van a ser diluidos, fundidos, amalgamados, descompuestos y precipitados por el nuevo Lavoissier. He aquí como se verificará el análisis: (...) II— Supongamos (no en mucho suponer) que las Cortes aprueban el proyecto químico-analítico y que cada cuerpo simple ha perdido la cuarta parte de su volumen. A renglón seguido vienen el arreglo del presupuesto casero (...) III— Encontráronse un día un título de Deuda y un billete de Banco de España. / —¿Dónde vais hermano, tan arrugado y macilento?, preguntó el primero/ Nadie me quiere, contestó el segundo. Todos me rechazan y dándome el infamante apodo de *papel mojado*, me cierran sus cajas poniéndome de patitas en la calle. (...) / Bien merecéis esta suerte por vuestro orgullo y desmedida presunción (...) / Dejad que llegue el venturoso año 3000 y veréis como todos se apresuran a comprarme (...)

¡Oh! ¡El año 3000! Entonces seré yo tan inglés como la máquina que me hizo. Creedme hermano creed a este desventurado papel que con estos ojos (los ceros) que se ha de tragar la tierra, (...) entonces no existiremos, y si existimos, valdremos lo que vale hoy un número de *La Correspondencia* [el periódico conservador] o un librito de papel de fumar. (...) IV, V, VI, VII: Abramos una estadística archi-plusquam-futura/ Riqueza territorial de España: 20 reales.»

[Nada es cuestión de risa. Veamos algo de la parte V de este texto esperpéntico que nada tiene de graciosa]

V- «¿Pero a qué entristecemos con consideraciones fúnebres? (...) Seamos epicúreos: comamos, bebamos y divirtámonos sin cuidarnos de la alza ni de la baja. (...) Mientras tengamos una peseta, comamos; mientras tengamos tres cuartos, fumemos (...) ¿Qué esto está perdido? Pues que se pierda. ¿Qué esto se lo lleva el diablo? Pues que se lo lleve. (...) ¿Qué vendrán los ingleses? ¡Inglesitos a mí! Les despediremos aunque venga Malborough al frente de ellos. Contestemos a todo con un significativo *Ahí verá V*, propio de un ministro de la Gobernación».

El periódico *La Nación* se vio condenado a cerrar en junio, de modo que la última publicación de Galdós en ella fue el día 17. El revistero comenzó comentando sucesos del extranjero, no sin sorna: aperturas de pastelerías en la urbe, conciertos, teatro... En medio sube el tono de la crítica para atreverse con los pasteles mil del Gobierno (los cerrojazos que suponen la ley de imprenta: «Pastel»; la ley de reuniones: «Pastel»; los juegos electorales; «Pastel»...; emisión de títulos, rebaja de sueldos, supresión de las universidades; atentado contra el gabinete: «Pastel», «Pastel», «Pastel», «Gran pastel»).

La *Revista del Movimiento Intelectual de Europa* había publicado el 28 de mayo de este 1866 el último número de esta su primera etapa; y allí apareció la correspondiente “Revista de la semana” de Pérez Galdós de tono pesimista y sombrío. «Llueve en Madrid –indica; al hilo de comentar algunos estrenos teatrales, lamentar la postración de las artes y de la literatura en particular: «La nación que ha sido la cuna de Cervantes, de Hurtado de Mendoza, de Quevedo (...) No hay conciencia en el escritor (...) y el público no lee, hace tiempo, más vulgaridades (...) Otra clase de obras... ¡ah!, ni se escriben, ni en caso de escribirse hallarían, quizá, compradores»³.

Vayamos a la literatura: Porque los «tremendos lances de aquella luctuosa jornada» (la de la rebelión de los sargentos) a que no pudo referirse en prensa, han de asomar en la literatura. Por primera vez en una novela: *Ángel Guerra*, 1901) Allí al *alter ego* parcial de Galdós turbará profundamente su papel de protagonista en la intentona revolucionaria frustrada de Villacampa —septiembre de 1886—. Cuando esa turbación de espíritu se agrave al verse obligado a presentarse ante su madre muy enferma y con quien se ha llevado siempre mal, rememora la otra insurrección militar semejante que perturbó su infancia: la que en 1866 acabó con el fusilamiento de los sargentos de San Gil, cuyo triste desfile final persiste con horror en sus fijaciones infantiles. Aquí se apunta una nota de autobiografía. Porque a Benito, como a Ángel, aquel desfile macabro lo marcó para siempre. Fueron los sucesos de “la noche de san Daniel” (10 de abril de 1865) y éste del desfile de los sargentos de San Gil, los primeros que presenció en Madrid el joven Galdós, y que nunca olvidará.

Pocos años después, en 1906-7, al hilo de los Episodios Nacionales, le dedicada espacio especial con suspense entre dos novelas y con aplicación de una técnica que su taller guarda para momentos muy especiales: el diálogo dramático. Lo hace aparecer en el capítulo XXXI de *Prim*, entreverado con el asunto de los amores de Teresita Villaescusa (*la España de los*

³ HOAR (1968), p. 215.

alegres destinos) e Iberito *el Prim de novela* que se inventó Galdós, y con la presencia de Santiuste-Confusio, el personaje medio-loco que visiona una España distinta: la que debió ser y no la que fue.

TEXTO 5— *Prim*, t. 22, pp. 757-766. *La de los tristes destinos*, p. 769.

[Lo ha organizado Chaves, un patriota partidario de Prim, en su casa patriarca en su casa y rezador de rosarios pero agitador ardiente en la calle, que «tenía de la causa un ideal fantástico y verboso»]

«Esperando los hechos, contemplaba Chaves en su mente el plan trazado para realizarlos. Todo su afán era que los hechos correspondiesen con exactitud a su explanación teórica, como acontece en los programas de teatro. El plan era este: los sargentos de San Gil, al toque de diana, sorprenderían a los jefes, encerrándolos en el cuarto de estandartes, *sin derramamiento de sangre*. Los del Retiro sacarían al Prado sus baterías, amenazando el cuartel de ingenieros, y esperando a que llegase la infantería de San Mateo. *Los Cazadores* de Santa Isabel correrían a situarse en las calles que desembocan en Palacio. Las fuerzas del cuartel de la *Montaña*, ocupando la Plaza de Isabel II y la Plaza Mayor, incomunicarían las zonas Sur y Norte de Madrid. Las baterías de San Gil ocuparían la Puerta del Sol... Los paisanos en armas se colocarían en los sitios consagrados por la estrategia popular (...) [Relato pormenorizado] ¿Qué razón había para este duro sarcasmo histórico? Pues sucedió que a O'Donnell llevaron un soplo antes de amanecer, cuando Chaves daba la señal a los cuarteles; que saltó de la cama; que mandó un recado a Serrano; recados a Narváez, Córdova, Hoyos, Concha y otros Generales; que su hermano don Enrique O'Donnell corrió al cuartel del Retiro, sorprendiendo a los artilleros antes que los sargentos pudieran sacarlos a la calle; sucedió, en fin, que mientras los sublevados de San Gil perdían minutos en los entorpecimientos que les originaba su azorado desconcierto, O'Donnell los ganaba utilizando con la celeridad del rayo la organización existente. Allí se vio bien claro cuán difícil es que los cuerpos acéfalos puedan hacer frente a los bien dotados de firme cabeza. (...) Sangre y muertos en todos los pisos mostraban cuán recia fue la batalla entre el nombre de Prim y el de Isabel II. Lástima de brío militar empleado sin fruto, y perdido en el torrente político más espumoso. Creyérase que el morir hombres y más hombres era necesario, por ley fatal, para la consolidación de nuestros altares y tronos, de perfecta índole asiática. ¡Vive Dios que ningún Poder se asentó jamás sobre tan ancha y alta pila de cadáveres! (...) SANTIUSTE.— ¿Qué haces por aquí, Teresa, y qué buscas en este campo de una batalla ideal, tan ganada por los vencedores como por los vencidos? / TERESA (*con ligero desvanecimiento mental*).— Entre los vencidos busco a un hombre. Daría muchos días de mi vida por encontrarle vivo. / CONFUSIO (*risueño, en plena embriaguez de pensamientos optimistas*).— Vivo le encontrarás, porque muertos no hay aquí... No te fíes de cadáveres fingidos, que ellos son hombres que hacen que se mueren, y viven. (...) Yo he visto en el cuartel el simulacro de asalto y rendición. Los valientes soldados han desempeñado su papel a maravilla, y los Generales han igualado con su arte exquisito a los más hábiles cómicos... Dentro del cuartel, he visto a Prim con sencillo y airoso disfraz de hijo del pueblo. (...) / TERESA.— Quítate allá, Juan... Eres loco. / CONFUSIO.— Soy lo que soy. Compongo la Historia lógica y estética, estudiando los acontecimientos, no en la superficie, sino en el fondo... En el fondo veo a Serrano y Prim abrazados... Son los mejores amigos del mundo, aunque no lo parezca... Tus ojos pecadores no ven la verdad... (...) Veo los muertos vivos, los enemigos reconciliados, el Altar y el Trono

llevados a la carpintería para que los compongan, la Historia de España escrita por los orates... Tú no sabes de esto, pobrecilla... Léeme y sabrás. [FIN DE PRIM] [PRINCIPIO DE LA DE LOS TRISTES DESTINOS] Madrid, 1866.— Mañana de julio seca y luminosa. Amanecer displicente, malhumorado, como el de los que madrugan sin haber dormido... / Entonces, como ahora, el sol hacía su presentación por el campo desolado de Abroñigal, y sus primeros rayos pasaban con movimiento de guadaña, rapando los árboles del Retiro, después los tejados de la Villa Coronada... de abrojos. Cinco de aquellos rayos primeros, enfilando oblicuamente los cinco huecos de la Puerta de Alcalá como espadas llameantes, iluminaron a trechos la vulgar fachada del cuartel de Ingenieros y las cabezas de un pelotón desgarrado de plebe que se movía en la calle alta de Alcalá, llamada también del Pósito. Tan pronto el vago gentío se abalanzaba con impulso de curiosidad hacia el cuartel; tan pronto reculaba hasta dar con la verja del Retiro, empujado por la policía y algunos civiles de a caballo... El buen pueblo de Madrid quería ver, poniendo en ello todo su gusto y su compasión, a los sargentos de San Gil (22 de junio) sentenciados a muerte por el Consejo de Guerra.

Pocos años después, estos hechos aflorarán a la mente de Galdós cuando los periodistas Olmet-García Caraffa, lo entrevisten en 1912: «Estos sucesos —acabó don Benito—, dejaron en mi alma vivísimo recuerdo y han influido considerablemente en mi temperamento literario» —declara⁴. No los olvidará tampoco el Galdós anciano que en 1916 redacta para *La Esfera* las *Memorias de un desmemoriado* (1916).

TEXTO 6— *Memorias de un desmemoriado*, Aguilar, t. VI, pp. 1655-656.

En aquella época fecunda de graves sucesos políticos, precursores de la Revolución, presencié, confundido con la turba estudiantil, el escandaloso motín de la noche de San Daniel —10 de abril del 65—, y en la Puerta del Sol me alcanzaron algunos linternazos de la Guardia Veterana, y en el año siguiente, el 22 de junio, memorable por la sublevación de los sargentos en el cuartel de San Gil, desde la casa de huéspedes, calle del Olivo, en que yo moraba con otros amigos, pude apreciar los tremendos lances de aquella luctuosa jornada. Los cañonazos atronaban el aire; venían de las calles próximas gemidos de víctimas, imprecaciones rabiosas, vapores de sangre, acentos de odio... Madrid era un infierno. A la caída de la tarde, cuando pudimos salir de casa, vimos los despojos de la hecatombe y el rastro sangriento de la revolución vencida. Como espectáculo tristísimo, el más trágico y siniestro que he visto en mi vida, mencionaré el paso de los sargentos de Artillería llevados al patíbulo en coche, de dos en dos, por la calle de Alcalá arriba, para fusilarlos en las tapias de la antigua plaza de toros./ Transido de dolor, los vi pasar en compañía de otros amigos. No tuve valor para seguir la fúnebre trailla hasta el lugar del suplicio, y corrí a mi casa, tratando de buscar alivio a mi pena en mis amados libros y en los dramas imaginarios, que nos embelesan más que los reales.

Forzosamente hemos de cerrar este recorrido tras la mirada del Galdós siempre comprometido con su tiempo. El hecho de La Gloriosa, lo sorprenderá regresando de París con su familia y la decisión de no seguir con ellos a Gran Canaria significará un paso importante en su futuro: casi un *pronunciamento* personal paralelo al de Prim, una "revolución" paralela a la que se vivía en la política. En adelante proseguirá su camino con una hoja de ruta perfectamente trazada. Creará un universo literario para a paso. Y paso a paso su compromiso

⁴ OLMET, y DEL-GARCÍA CARAFFA (1912), p. 30.

con el arte de la literatura aplicado siempre a la realidad social y política que lo sostiene. Confiará en la clase media y en la fuerza popular como redentoras, siempre desde el patrón que expuso en el Discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua:

“Imagen de le vida es la novela... y el arte de componerla estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisonomías, todo lo espiritual y lo físico que nos constituye y nos rodea, y el lenguaje, que es la marca de raza, y las viviendas, que son el signo de familia, y la vestidura, que diseña los últimos trazos externos de la personalidad: todo esto sin olvidar que debe existir perfecto fiel de balanza entre la exactitud y la belleza de la reproducción...».

BIBLIOGRAFÍA

SHOEMAKER, W.H. (1972). *Los artículos de Galdós en “La Nación”, 1865-1868, 1868*. Madrid: Ínsula.

HOAR, LEO J. (1968). *Benito Pérez Galdós y la Revista del Movimiento Intelectual de Europa. Madrid 1865-1867*. Madrid: Ínsula.

OLMET, L. A. y DEL-GARCÍA CARAFFA, A. (1912). *Los grandes españoles, Galdós*. Madrid: Alrededor del mundo.